



El escritor orureño Zenobio Calizaya nos ofrece un texto co

El escritor y su realidad

Dos hechos que pudieran resultar insustanciales, definieron en alguna medida el contenido de lo que ahora pretendo referir: hace muchos años y cuando aún no acababa el ciclo intermedio del sistema de educación anterior, un compañero de colegio me dijo que estaba escribiendo un libro (creo que de cuentos), en una especie de auto alabanza por un logro importante que muy pocos, en el medio se pudieran atrever. Por esa época, frecuentaba las minas y por cierto el distrito de Llagagua del Norte de Potosí, un singular personaje de talla menuda y hablar afable que vendía algunos libros y entre ellos relatos escritos para niños. Jamás sospecharía entonces que se trataba de un importante valor de las letras bolivianas quien, de manera muy humilde y sencilla, sin hacer demasiada alharaca de su obra como mi recordado amigo, pretendía a lo mejor sin mucha fortuna que los profesores o alumnos compraran esos libros. Entablé amistad con el señor no tanto por algún texto que le hubiera adquirido, pese a mi mejor deseo (pues mis recreos, si alguna vez los tuve, eran magros), sino porque no le molestaba que de pronto despertara en mí la ilusión vehemente de escribir algún libro y que él me lo pudiera publicar, como así me lo prometió. Incluso me planteó la posibilidad que instara a otros compañeros a escribir. Cada vez que aquel señor volvía al colegio, hojeaba sus libros y soñaba con ver mi nombre estampado en alguno. Así transcurrió mucho tiempo y no logré interesar a mis compañeros de entonces, ni siquiera al amigo presumido de escritor. En cambio, yo había escrito algo a mano y en hojas cuadriculadas. No recuerdo qué era, si cuentos poemas o lo que pudieran llamarse. No estoy muy seguro si estas leves hojas entregué al gentil visitante o qué fue de ellas. Años más tarde, sabría que aquel singular personaje era el editor y escritor Don José Camarlinghi, a quien nunca más volvería a ver en Llagagua ni en ninguna otra parte, por los diversos vericuetos que se presentaron en mi camino.

El otro hecho, más reciente y cercano a nuestro grupo de UNPE, se vincula con Víctor Montoya Lora quien, poco después de la publicación de su libro "El Niño en el Cuento Boliviano", me escribió una carta personal en la que aludía que en alguna oportunidad yo había sido llamado en Siglo XX y Llagagua, la promesa de las letras mineras. No sé si alguna vez eso ocurrió; pero sabiendo que la frase viene de un reconocido escritor boliviano radicado en Suecia y también paisano, debo darle fe y acaso lamentarme que ahora no soy quien se esperaba que fuese.

Ambas circunstancias me permiten alegar acerca de las motivaciones que impulsan a un escritor a ser lo que es, partiendo, como pretendo, de experiencias propias.

En el ámbito en el que actualmente me desenvuelvo como administrador de justicia, por esos azares de la vida, se suele decir y hasta por declaración legal, que el juez es independiente en su función y no está sometido sino a la ley. Una suerte de declaración que pareciera trasuntar una idea elitista y ajena a la realidad. Las corrientes modernas del derecho, cada vez más humanistas, describen al juez como un producto innegable de su entorno social e histórico y por lo mismo no puede existir una concepción tan de moda en el pasado, de que es una isla o que siguiendo la imagen de Themis, también debiera adoptar la pose de un funcionario ciego y muy severo. El escritor, si vale la comparación, tampoco es un elemento ajeno a su mundo, así, con frecuencia, linde sus pasos más por la mera fantasía. He aquí que, siguiendo esta línea de pensamiento, a la literatura suele vincularse con expresiones de color dependiendo del estilo o idea dominante: negra, roja, amarilla o amarillista y aún verde, según tenga que ver con lo tenebroso, el crimen, el sensacionalismo o la protección del medio ambiente. Pudiera decirse que si el mundo es de color, las ideas igualmente no debieran carecer de cierto pigmento, como la raza y el fútbol. En algún momento de mi vida, tal vez sintiéndome abandonado de la mano de Dios o recordando las verdaderas motivaciones de llenar las hojas vacías de algún escritor, con sentido o no, creía que también la literatura pudiera ser de color blanco. Pensaba, y aún lo pienso, que pueden haber creaciones literarias sin ningún compromiso con la realidad o la realidad del autor, aquéllas cuya materialización creadora cuesta mucho por no encontrar la fuente inspiradora o porque se acabaron los temas. Incluso pudiera decir, a fuer de equivocarme ampliamente, que si el hombre no trasunta su propio dolor o sufrimiento, muy poco tiene que contar a los demás y entonces el afán es buscar aquello que resultare novedoso, interesante, original, aunque hueco de sentimiento.

